

David J. Domínguez (ed.)

François Simiand, Charles Seignobos y Émile Durkheim

Clío en disputa. El debate epistemológico entre sociólogos e historiadores (1903-1908)

Madrid: Dado ediciones, 2018, 482 pp.

Cabe congratularse de la edición en una nueva editorial de un extenso y prolífico texto de casi 500 páginas dedicado a un tema arduo pero apasionante. En pocas palabras, se trata de un estudio de epistemología de las ciencias sociales centrado en el conflicto disciplinar de principios del siglo XX entre la sociología y la historiografía francesas. Ofrece, además, la oportunidad de consultar una publicación inexistente en su lengua original, con el suplemento de hacerlo en castellano al aportar la traducción exhaustiva de la parte más relevante de la polémica con las dificultades que eso conlleva, y con el beneficio añadido de incluir una generosa introducción a cargo de su editor, David J. Domínguez. Lo habitual en estos casos era quedarse en el famoso texto de Simiand de 1903 en contra de los fundamentos del método de los historiadores, ignorando así que aquella intervención traería consigo una hornada de conferencias y reseñas críticas cuya riqueza epistemológica debería tenerse en cuenta. Pero el estudio que presentamos no se limita a un ejercicio de erudición o de arqueología de disciplinas cercanas, sino que trata de reconstruir en su práctica totalidad dicha polémica, con sus intercambios tanto indirectos a través de publicaciones como directos en conferencias planteadas a tal fin. Ese grano fino de la disputa nos permite entender mejor a los autores y sus postulados, las diversas concepciones epistemológicas de las ciencias históricas y sociales a que apela cada uno de los autores en liza e incluso, en ciertos momentos de reflexividad, a la consciencia, bastante lúcida, de lo que está en juego. Es preciso, además, reconocer que los malentendidos no suponen una situación extraña en las ciencias sociales, y mucho menos cuando el debate generado en su interior no se encuentra estabilizado ni se identifican con claridad los términos de la discusión.

Debe subrayarse por otra parte que el análisis no se ciñe a la dimensión epistemológica de la polémica sino que también se ocupa, y por extenso, del estudio de su dimensión institucional. Con ello se marcan las condiciones específicas en las que en efecto se desplegó, pues no basta con reproducir los argumentos aportados por los autores, sino que resulta esencial asimismo ubicarlos en el ámbito de las querellas que subyacen al proceso de institucionalización de los saberes en la universidad francesa de la época. Con ello se ilustra el modo en que dos comunidades académicas, con programas de investigación ya testados, y cada una de ellas desigualmente provista en términos de capital simbólico, cultural e institucional, pugnan entre sí para imponer los principios de especificidad de sus objetos, así como para reivindicar su papel rector en el contexto de las ciencias sociales francesas. El autor remarca con precisión esa relación asimétrica, profundamente desigual, que la sociología mantiene con respecto a la infraestructura institucional del saber histórico en la universidad de la Tercera República. De todo ello procede la necesidad de un estudio introductorio sin el cual se corre el riesgo de limitar el análisis al debate sobre las prácticas científicas *normales*, obviando el estudio de las luchas y de las estrategias de autoafirmación disciplinar que subyacen a los procesos colectivos (la autonomización de los saberes y la reflexividad consiguiente) en los que se desplegaron tales discursos.

Quizá cabe comenzar aquí con los antecedentes de aquello de lo que el libro se ocupa. Sin ir más lejos, una de las consecuencias de la llamada “revolución copernicana” producida en la historiografía a lo largo del siglo XIX y relacionada con Leopold von Ranke fue la de volver a marginar la historia social y cultural propia del siglo XVIII. La importancia que asignaba este nuevo paradigma a las fuentes contenidas en los archivos hizo que los historiadores que trabajaban en la historia social y cultural parecieran meros diletantes. Se trataba de una historia historizante que, no obstante, generó la ilusión del documento que habla por sí mismo una vez seleccionado por el historiador. Aunque el interés de Ranke no se limitaba a la historia política, sin embargo el nuevo paradigma histórico favoreció en gran medida a esta, de modo que la historia no política quedó excluida de la nueva disciplina académica. Las nuevas publicaciones profesionales fundadas a fines del siglo XIX, tales como la *Historische Zeitschrift* (1856), la *Revue Historique* (1876) y la *English Historical Review* (1886), se concentraban en la historia de los acontecimientos políticos en especial en lo relativo al Estado y las naciones. A ello contribuyó que los ideales de los nuevos historiadores profesionales se articulaban en una serie de tratados sobre el método histórico, como por ejemplo, la *Introduction aux études historiques*

(1898), obra compuesta por los historiadores franceses Langlois y Seignobos. No obstante, había voces de disenso y al acabar ese siglo el predominio de la historia política fue frecuentemente cuestionado incluso por múltiples historiadores. Por su parte, los fundadores de la nueva disciplina que era la sociología expresaban análogas concepciones. Auguste Comte cuestionaba los detalles infantiles de las compilaciones de anécdotas y abogaba por una “historia sin nombres”. En cuanto a Émile Durkheim, desechaba los hechos particulares (*événements particuliers*) por considerarlos sólo “manifestaciones superficiales”, lo aparente antes que la verdadera historia de una sociedad dada.

Así pues, en Francia la naturaleza de la historia fue objeto de un vivo debate alrededor del año 1900. Sin embargo, no debería exagerarse la penuria intelectual de los historiadores oficiales, y esto es algo que el presente estudio recoge con una posición ecuaníme. Por ejemplo, el fundador de la *Revue Historique*, Gabriel Monod, combinaba su entusiasmo por la historia “científica” alemana con su admiración por la historia cultural del siglo XVIII. Por su parte, Ernest Lavisse, uno de los más importantes historiadores franceses en esa época, era el editor general de una historia de Francia en diez volúmenes que apareció entre 1900 y 1912. A Lavisse le interesaba ante todo la historia política, sin embargo, la concepción de la historia contenida en esos diez volúmenes era muy amplia: la introducción fue redactada por un geógrafo y el volumen sobre el Renacimiento fue compuesto por un historiador de la cultura, en tanto que la parte debida a Lavisse sobre la época de Luis XIV dedicaba un espacio sustancial a las artes y en particular a las medidas culturales. Dicho de otro modo, es inexacto pensar que los historiadores profesionales oficiales de ese período estaban interesados exclusivamente en la narración de acontecimientos políticos.

Pese a lo anterior, los que cultivaban las ciencias sociales percibían precisamente de esa manera a los historiadores. Ya hemos mencionado el hecho de que Durkheim desestimara los hechos particulares. Su discípulo, el economista François Simiand, fue aún más lejos en esa dirección con su famoso artículo *Método histórico y ciencia social* (1903), en el que atacaba lo que llamó “los ídolos de la tribu de los historiadores”. Según Simiand había tres ídolos que era preciso derribar. En principio, el “ídolo político”, esa preocupación perpetua por la historia política, por los gobiernos y las monarquías, por las guerras, etc. que da a tales sucesos una exagerada importancia. Estaba también el “ídolo individual”, esto es, el “arraigado hábito de concebir la historia como una historia de los *individuos* y no como un estudio de los hechos” y que lleva a ordenar las investigaciones en torno a un individuo y no en torno a una institución, a un fenómeno social, o a una relación establecida. Esta negación del

voluntarismo individualista no tiene tanto que ver con una dimensión ontológica (a fin de cuentas son las acciones de los individuos lo que compone la historia) y su registro (lo que se cuenta) sino más bien epistemológica (cómo se escribe la historia con una pretensión científica y de rigor a través de una conceptualización que reconstruya lo anterior). Por último, estaba el "ídolo cronológico", a saber, "el hábito de perderse en estudios de orígenes, en investigaciones de diversidades particulares, en lugar de estudiar y de comprender antes que nada el tipo normal". El ataque a los ídolos de la tribu de los historiadores tenía como especial objetivo uno de los jefes tribales, el protegido de Lavisse, Charles Seignobos, profesor de la Sorbona y coautor de la muy conocida introducción al estudio de la historia. Quizá por esa razón Seignobos se convirtió en el símbolo de todo aquello a lo que se oponían los críticos, tanto los procedentes de la sociología como de la propia historiografía, y ello a pesar de que en realidad no era un historiador exclusivamente político, pues escribió también sobre aspectos de la civilización. En efecto, a Seignobos le interesaba la relación entre la historia y las ciencias sociales aunque no concebía esa relación de la misma manera que Simiand o Febvre, quienes publicaron duras críticas de la obra de aquel. Hay que tener en cuenta, además, que la crítica de Simiand apareció en una nueva publicación, la *Revue de Synthèse Historique*, fundada en 1900 por un intelectual emprendedor, Henri Berr, para alentar a los historiadores a colaborar con otras disciplinas, particularmente la psicología y la sociología, con la esperanza de producir lo que Berr llamaba una psicología "histórica" o "colectiva". Un ideal que debía lograrse mediante la cooperación interdisciplinaria y que ejerció gran atracción en dos jóvenes que escribían para la revista de Berr, Lucien Febvre y Marc Bloch, que serán los fundadores del movimiento de los *Annales*, movimiento que representó la fuerza más importante del desarrollo de lo que se llama a veces "la nueva historia" del siglo XX y cuyo eco llega hasta la actualidad.

En todo caso es preciso reseñar la imposibilidad de identificar una posición victoriosa en esta polémica, lo cual tampoco supone aceptar el hecho de que la discusión haya carecido de efectos o no se haya visto afectada por circunstancias externas, en especial la Gran Guerra que se dirime cronológicamente a continuación. El campo, tanto institucional como disciplinar, de la historiografía se transforma, pero lo hace de manera limitada, evitando en lo posible la sensación de una victoria o derrota que hiciese inaceptables o ilegítimos el resto de los posicionamientos existentes. Si bien es cierto que la historiografía no cambió en su totalidad, al menos de repente, también lo es que la irrupción de la sociología influyó en la conformación de su campo. Se ampliaron los objetos de

investigación histórica y se comenzó a discutir, dentro de la práctica profesional, de los programas de investigación así como de la red de evidencias y anticipaciones procedimentales (el carácter serial del documento, la incorporación de nuevos métodos y marcos de clasificación, la constitución de nuevos objetos y temáticas de investigación, etc.), elementos que no habían sido considerados siquiera por la comunidad historiográfica. El resultado es una situación plural, donde las formas tradicionales de hacer historia coexisten (no sin conflictos) con planteamientos novedosos de investigación social; y esta constituye la situación que poco a poco fue asentándose en el campo de la historiografía francesa del primer tercio del siglo XX, anticipando la posterior renovación que suponen los *Annales*.

Por ello en cierto modo la pregunta que transita esta polémica de principios del siglo XX sobre las condiciones que ha de cumplir el saber histórico para constituir un conocimiento científico, apunta a la organización actual del campo de las ciencias sociales. Más con un criterio pluridisciplinar que con la fijación en un paradigma dominante. En la historiografía, por ejemplo, el éxito de los *Annales* no se explica por la irresistible ascensión de la historia económica y social o de la historia de las mentalidades; más bien se construye en la ambigüedad. A los que iban a buscar una doctrina o incluso una teoría de la historia, el programa de los *Annales* les proponía un método, o más bien una valorización de los métodos y un cuestionario.

Por último, y desde un punto de vista analítico, la obra se compone, en líneas generales, de tres grandes partes. La primera de ellas constituye el extenso y documentado estudio introductorio de David J. Domínguez que lleva por título “De ídolos, tribus e innovadores. Notas para una genealogía de la disputa entre sociólogos e historiadores en Francia (1903-1908)”, dedicada como antes se advertía, no sólo a revisar la polémica epistemológica entre dos campos de las ciencias sociales, sino a su dimensión institucional. La segunda parte, titulada “El debate Simiand-Seignobos”, recoge el cruce de argumentos que conforma el núcleo básico de esa disputa, incluyendo las dos célebres conferencias de Simiand contra los historiadores (*Método histórico y ciencia social* de 1903, y *La causalidad en historia* de 1906); la réplica de Ch. Seignobos (*Las condiciones prácticas de la búsqueda de las causas en el trabajo histórico*, de 1907); y por último, una reproducción íntegra de la polémica conferencia (*Lo desconocido y lo inconsciente en historia* de 1908) en la que É. Durkheim y Ch. Seignobos debaten acerca del papel de las representaciones colectivas en los fenómenos sociales. Cabe destacar en esta última parte la importancia que revisten las discusiones finales de las conferencias, donde la interlocución directa de los

protagonistas se ve enriquecida por las sugerentes intervenciones de los intelectuales allí presentes (los historiadores Gustav Glotz, Paul Lacombe, Gustav Bloch; el sociólogo Célestin Bouglé o los filósofos Frédéric Rauh, Xavier Léon o André Lalande, entre otros). La lectura de tales discusiones, lejos de ser un ejercicio retórico o de cortesía intelectual, constituye una ocasión inmejorable para matizar los aspectos, aclarar dudas y reconstruir ese grano fino de las disputas antes mencionado.

La tercera parte reúne textos de diverso orden y procedencia. Algunos de ellos, por ejemplo, son extensos artículos extraídos de libros o de revistas, y otros -la mayoría- son reseñas críticas de las conferencias compiladas en la segunda parte del libro. Los autores de dichos textos proceden tanto de la historiografía como de la sociología durkheimiana; de ahí que el editor haya confeccionado este bloque en función de la procedencia disciplinar de los mismos: en principio los textos escritos por los historiadores tradicionales, enfocados en la especificidad del conocimiento histórico y la importancia de la dimensión política (el ídolo político) para la comprensión del cambio social. A continuación las publicaciones provenientes del ámbito sociológico durkheimiano, cuyo objetivo es profundizar en las críticas aportadas por Simiand y aclarar el lugar de la historiografía en el nuevo programa de unificación metodológica establecido por Durkheim. Y para acabar, un conjunto de textos que señalan el cambio que se estaba produciendo en los márgenes de la historiografía francesa: las aportaciones de H. Berr y de P. Mantoux, cuya novedad consiste en cuestionar por un lado las limitaciones de la llamada “historia historizante” y en sentar por otro las bases de una síntesis histórica no supeditada a la explicación política, alentando a los historiadores a la colaboración interdisciplinaria.

La traducción, compilación y explicación de todos esos textos, que permanecían inéditos en lengua castellana casi en su totalidad, corrobora la importancia de hacer accesible este análisis de un debate que interesa por igual a la ciencia histórica y a la sociología y que esperamos sea bien acogido por los estudiosos de la historia y de otras ciencias sociales así como por los lectores con intereses generales.

Mario DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ-PINILLA

Universidad Complutense de Madrid